



Revista Austral de Ciencias Sociales

ISSN: 0717-3202

revistaaustral@uach.cl

Universidad Austral de Chile

Chile

Silva Echeto, Víctor
Incomunicación, Memoria y Simulacro
Revista Austral de Ciencias Sociales, núm. 12, 2007, pp. 95-107
Universidad Austral de Chile
Valdivia, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=45901205>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Incomunicación, Memoria y Simulacro*

Incommunication, memory and simulacrum

Víctor Silva Echeto**

Resumen

El texto desarrolla la relación que se produce actualmente entre (in) comunicación e información en las redes mediáticas, definidas desde la virtualidad. El ensayo considera que éstas ya no generan “mediaciones”, fundamentales en cualquier proceso comunicativo y representativo, sino acciones “inmediatas”, una situación que imposibilita la construcción del relato cultural en el Chile de la post-dictadura; de ahí los intentos de recomponer los restos fracturados, divididos

* Plan Andaluz de Investigación. Clave HUM 753. Grupo de Investigación Escritoras y escrituras, Junta de Andalucía y Universidad de Sevilla.

** Doctor en Estudios Culturales: Literatura y Comunicación (Universidad de Sevilla); profesor e investigador en la Universidad de Playa Ancha (Chile) y la Universidad ARCIS (Chile). Av. Playa Ancha 850, Playa Ancha, Valparaíso. E-mail: vsilva@upla.cl.

del sentido. El escrito analiza -mediante algunos ejemplos extraídos de la televisión chilena- cómo el sentido es sedentarizado, limitado y oculto detrás de la representación y del reinado del significante. Éste considera, entre otros temas, como las políticas de la memoria son simuladas en las redes virtuales, transformándose en un éxtasis, estético y estático de las redes de información, un proceso que culmina con la estética de la política iniciada por el fascismo. Finalmente, el texto propone algunas estrategias deconstructivas, para salir de esa comunicación sedentaria y representativa, revalorizando las nociones de performatividad, de afección del sentido, de nomadismo y de la ilimitabilidad del contexto.

Palabras clave: incomunicación, información, redes, virtualidad, simulación, representación.

Abstract

The text study the current relationship between (in)communication and information in the media networks; this approached from perspective of virtuality. It considers that they no longer generate fundamental “mediations” in any communicative or representative process, but “immediate” actions, a situation which prevents the construction of the cultural account in the post-dictatorship Chile; hence the attempts to re-comprise the fractured and divided remains of the sense. The paper analyzes -through some examples extracted from the Chilean television- in what way the sense is sedentarized, limited and hidden behind representation and the reign of the signifier. It considers, among other themes, how the policies of the memory are simulated on the virtual webs, transforming themselves into an aesthetic and static ecstasy of the information

networks; a process that culminates with the aesthetics of the policy initiated by fascism. Finally, it proposes some deconstructive strategies, in order to find a way out of that sedentary and representative communication, restating the notions of performativity, affection of the sense, nomadism and unlimitability of the context.

Key words: incommunication, information, virtuality, simulation, representation, performativity.

*A Luana
por un futuro "con memoria"*

*Hay que estar muy bien informado para no confundir ¡Al fuego! con ¡Al juego!, o para evitar la enojosa situación del profesor y del alumno según Lewis Carroll (el profesor lanza una pregunta desde lo alto de la escalera, que es transmitida por unos criados que la deforman en cada piso, mientras que el alumno abajo en el patio devuelve una respuesta que será deformada en cada etapa de vuelta). El lenguaje no es la vida, el lenguaje da órdenes a la vida, la vida no habla, la vida escucha y espera.
Gilles Deleuze y Félix Guattari.*

Introducción

Cuando en los años '80, Jesús Martín Barbero (1987) incorpora la noción cultural de mediaciones (representativa, dinámica y productora de sentido), integra, además, las

concepciones gramscianas de hegemonía y subalternidad¹ y, por lo tanto, se les permite a los estudios en comunicación salir del mecanicismo tanto funcionalista, frankfurtiano, como del estructuralismo de corte semiótico. Por otro lado, admite investigar en comunicación fuera del maniqueísmo marxista o funcionalista y concebir a la comunicación más allá de los medios de comunicación, por ello, este teórico, considera que si se quiere entender "lo que pasa en los medios, hay que investigar las mediaciones históricas, pensadas como eso que llama hoy bellamente Badasoli: 'los modos de estar juntos'" (Martín Barbero 2003: 102). Éstos implican modos de contarnos la historia, de narrar, de imaginar en términos de imaginaria, de imágenes, de vincularnos y de relacionarnos (Martín Barbero 2003: 102; Silva y Browne 2006 y Baitello 2006b). Ese relato, sin embargo, es el que se fractura por la emergencia del simulacro mediático y las huellas del narrador (en el sentido de Benjamin) se pierden fagocitado su cuerpo en la pantalla.

En ese sentido, las técnicas simuladas de in-mediación e in-comunicación radicalizan la crisis de la representación y la pérdida del sentido. Así, la expansión de las "máquinas de visión" (Virilio 1989) o "máquinas electrónicas que aceleran la temporalidad cotidiana" (Sodré 1998: 122) producen una cantidad excesiva y desmesurada de imágenes y cuestionan las formas clásicas de representación y, por extensión, de los procesos de mediación. Es decir, se eliminan las características espacio-temporales desde donde se deberían de generar las mediaciones y los intercambios comunicativos. Esa descomunal producción de imágenes está ligada a la crisis del sentido y, paradójicamente, a la propia muerte de la imagen como espacio de representación.

¹ "Si algo nos ha enseñado es a prestar atención a la trama: que no toda asunción de lo hegemónico por lo subalterno es signo de sumisión como el mero rechazo no lo es de resistencia, y que no todo lo que viene 'de arriba' son valores de las clases dominantes, pero hay cosas que viniendo de allá responden a otras lógicas que no son las de la dominación. La trama se hace más tupida y contradictoria en la cultura de masas. Y la tendencia maniquea a la hora de pensar la 'industria cultural' será muy fuerte. Pero paralela a una concepción de esa cultura como mera estratagema de dominación se abre camino otra mucho más cercana a las ideas de Gramsci y de Benjamin" (Martín Barbero 1987: 87).

Las preguntas clave, en ese contexto, son: ¿es posible hablar de mediación en época de crisis (y por qué no de vaciamiento) de la representación, de redes virtuales y simuladas, de pérdida del sentido? Y, a su vez, ¿cómo hablar entonces de mediación en un mundo marcado por las prótesis hombre/máquina donde el *sujeto* se impregna en ella y, por tanto, ya no es un mero observador externo de la máquina? ¿Cómo hablar de mediación cuando las opiniones críticas se transforman en un simulacro de *debate televisivo*? ¿No se estará nuevamente reduciendo la comunicación a la representación y al significante, como se ha hecho reiteradamente en la filosofía y en los estudios en comunicación?

Para aclarar el planteamiento que estamos formulando sobre la fractura que le produce a la posible continuidad de la mediación (representación) y a los relatos colectivos, la emergencia del simulacro, de la estetización de la política, y, en consecuencia, cómo se vería afectado el sentido, vamos a plantear los ejemplos de dos casos ocurridos en Chile en 1995 y en 2006. En 1995, en una misma semana, se presentaron dos programas sobre la dictadura militar con estructuras mediáticas diferentes: en uno de ellos se entrevistó a un torturador sin mayor parafernalia y, en otro, emitido en la misma semana y en el mismo canal se simuló (con una estructura más cercana al *reality show*) un crimen ocurrido durante la dictadura. Por lo tanto, si confrontamos la entrevista televisiva que le realizaron a un torturador de la dictadura militar² chilena con la simulación (más que la escenificación) de un crimen ocurrido en el mismo tiempo, nos encontramos con la “estetización” de la política tan cara al fascismo, como la analizó

Walter Benjamin, porque la simulación del crimen al estilo de un *reality show*, con actores, reconstrucción de época, etc., causó más impacto que la entrevista realizada al torturador. “Fue como si la realidad grabada de la entrevista” al torturador “hubiera llevado a la pantalla un documento menos ‘espectacular’ que el ofrecido por el *reality show*” cuyo éxito televisivo consiste en confundir y romper los límites entre realidad, ficción, realismo y simulación. Fue, como si para que tuviera éxito, la entrevista al torturador le hubiera faltado la recreación y la simulación, perdiéndose el contenido del relato sobre las torturas, y transformándose en un simulacro performativo sin escena, referente ni representación. Antes que frente a un marcador sintáctico nos encontramos con un marcador de poder, es decir, con una *consigna*³, como le llaman Deleuze y Guattari (2000: 82). Sólo así, como simulación, es que los crímenes de la dictadura militar son tratados por la televisión chilena, es decir, como materiales dignos de una profundización dramática del horror. Para Nelly Richard (1998: 73), lo obsceno de ese programa que simuló un crimen “está en el repulsivo *pathos* del comentario moralizante que disfraza el truculento beneficio de comerciar televisivamente con simulacros de emociones”. Para el caso del torturador, lo obsceno de su presencia en la pantalla, “estuvo en la ausencia de un comentario capaz de pronunciarse sobre el escándalo de cómo las reglas de pudor-verdadmoral que gobiernan nuestra diaria condición de teleespectadores están hechas para censurar

² La entrevista fue realizada en junio de 1995 a un torturador llamado “El Guatón Romo”, muerto hace pocos días atrás.

³ “Nosotros llamamos consignas, no a una categoría particular de enunciados explícitos (por ejemplo al imperativo), sino a la relación de cualquier palabra o enunciado con presupuestos implícitos, es decir, con actos de palabras que se realizan en el enunciado, y que sólo pueden realizarse en él. Las consignas no remiten, pues, únicamente a mandatos, sino a todos los actos que están ligados a enunciados por una ‘obligación’ social. Y no hay enunciado que, directa o indirectamente, no presente ese vínculo. Una pregunta, una promesa, son consignas” (Deleuze y

las transgresiones menores –y a comercializar la censura de su inofensivo margen sexual- a fin de desviar sistemáticamente nuestra atención de las ofensivas puesta en escena política de la impudicia” (Richard 1998: 73).

Pero este no fue el único caso; en el año 2006, un programa televisivo que simula delitos cometidos en los últimos años y que no han sido aclarados, tal como si fuera un *reality show*, realizó una *performance* de un crimen cometido durante la dictadura militar⁴, mezclando actores –similares en rostros a los protagonistas reales de la historia- con testimonios de personas que habían vivido esos hechos. Nuevamente, el terrorismo de estado del régimen militar es igualado a los delitos cometidos por los ciudadanos en el día a día, su potencial político se reduce a la estetización de la política y la realidad desaparece detrás del simulacro.

En estos casos, la pantalla obstaculiza la posible representación y el sentido que se puede encontrar detrás de ella y, paralelamente, imposibilita el relato colectivo, en este caso del Chile postdictadura. Un relato memorizador del dolor que muere por exceso de imágenes, propiciadas por el simulacro mediático.

Así las cosas, podemos realizar –en el análisis de las políticas de la memoria– una primera

separación entre metáfora y metonimia, porque “el mercado maneja una memoria que se quiere siempre metafórica, en la cual lo que importa es por definición sustituir, reemplazar, entablar una relación con un lugar a ser ocupado”, nunca con una continuidad y contigüidad interrumpida (Avelar 2000: 13). La imagen del pasado se transforma en mercancía (de emociones) que reniega de la “metonimia” en su arremetida sobre el pasado; “toda mercancía incorpora el pasado exclusivamente como totalidad anticuada que invitaría a una sustitución lisa, sin residuos” (Avelar 2000: 13). La producción de lo nuevo, del presente y de lo actual, no transita con comodidad por el camino metonímico, porque una mercancía vuelve vetusta a la anterior, la tira a la basura de la historia. Lógica que para el capitalismo tardío se vuelve exhausta, de sustitución infinita: cada información y cada producto pueden ser reemplazados sin ningún proceso histórico, transformados en metáforas por cualquier otro. En definitiva, la simulación de la memoria por parte del mercado “pretende pensar el pasado en una operación sustitutiva sin restos” (Avelar 2000: 14).

Volvemos a la estetización de la política que implicó el giro cultural del fascismo y tenía que culminar en estetización de la información mediática una vez que, medio siglo más tarde, lo mediático terminó de absorber los últimos residuos de lo político. “La escena se llena con una colección de actuaciones desinsertadas, de poses falsas, de impostaciones de la voz, de mímicas discursivas, de frases mentirosas: todo un juego de apariencias destinado a compensar el debilitamiento” del sentido (histórico, político) “con una proliferación exhibicionista de significantes vistosos” (Richard 1998: 60).

⁴ El caso Heyder, emitido por *Enigma*, en horario prime time en el canal estatal de Chile, Televisión Nacional, presentó el hecho de un militar muerto durante la dictadura. Señalo la presentación del programa: “Dentro de las destinaciones propias de un militar de ejército, el capitán Osvaldo Heyder es transferido al Regimiento Maipo de Valparaíso. En 1975, un comando de la DINA ocupa ese recinto como centro de detención y tortura. Heyder se opondrá a los procedimientos de los agentes. Abruptamente será transferido a Talca. Cuatro meses después aparecerá muerto en su automóvil en el Cerro La Virgen de esa ciudad. ¿Suicidio u homicidio por parte de agentes? Ese es el enigma...” Por lo tanto, un crimen de Estado de la dictadura militar, además de su presentación como un reality es considerado como un “enigma”. Más datos en: <http://programas.tvn.cl/enigma/2006/capitulo.aspx?idc=901>

Ana Forcinito (2004: 18), en otro sentido, se refiere a las “memorias falsas”, para instalar el debate sobre el estatuto del recuerdo y como en los noventa se puso en cuestionamiento la importancia de la rememoración.

Las “memorias falsas” se le llamaron en los Estados Unidos a la polémica que sobre el abuso sexual y la memoria se instaló en los noventa. “Un grupo de padres acusados de abusar sexualmente a sus hijos cuando éstos eran pequeños, forma la ‘Fundación del síndrome de las memorias falsas’, donde se sostiene que las memorias recuperadas por sus hijos adultos no son verdaderas sino una fantasía” (Forcinito 2000: 18). Gran parte de esa culpa, se sostiene, es de las feministas y su insistencia en repensar la historia personal desde una nueva perspectiva. “Al pensar a la memoria a través de su posible falsedad esta perspectiva desautoriza al sujeto del recuerdo. Cuando las memorias subalternas cuestionan la memoria dominante, los grupos heridos por la puesta en crisis de su autoridad reclaman la validez de su interpretación dominante e intentan volver a silenciar las voces, las memorias y las identidades que emergieron en el ejercicio de la antimemoria” (Forcinito 2000: 18). Memorias falsas que, desde el feminismo y la subalternidad, se oponen al archivo de la memoria oficial y masculina. En Argentina, “las locas de las memorias”, como fueron llamadas las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, también recordaban lo prohibido y, por eso, eran acalladas por la dictadura militar.

Frente al relato *propagandístico e informativo*, unidireccional y autoritario de la memoria, está el “devenir que se opone al recuerdo sumiso” y que permite “desterritorializar la memoria, es decir, producir una ruptura con el lugar fijo impuesto por el recuerdo oficializado” (Forcinito 2004: 19). Así

las cosas, para Gilles Deleuze y Félix Guattari (2000: 290 ss), hay una estrecha relación entre antimemoria y proceso de devenir, es decir, entre una estrategia política de desaprendizaje de la posición dominante y un proceso de desjerarquización que comienza por el devenir mujer. “Este proceso no puede seguir los mandatos de la memoria oficializada sino que, por el contrario, tiene como objetivo desmantelarlos: de ahí que se trate de antimemoria” (Forcinito 2000: 20).

El ideal de la comunicación: la incomunicación

La paradoja de las redes, que suplantán a los dispositivos que conformaban la subjetividad (identidad) como, por ejemplo, las instituciones disciplinarias como la escuela, la fábrica, la cárcel, el hospital, es que cada vez que se extienden incrementan la (in) comunicación y la (in) formación. Entonces, más que la conformación de subjetividades (identidad), las prótesis producen cuerpos-máquinas y la comunicación, de esa forma, ya no puede ser vista como productora de subjetividades ni la información como un proceso de significación (*significante/significado*), sino ambas se transforman en simulacro, éxtasis y estética. Se radicaliza, por tanto, la incomunicación como característica estructural de la comunicación. Porque hay que tener presente que todo proceso de intercambio y comunicación se produce “en el interior de sistemas complejos de restricción; y, sin embargo, no podrían funcionar independientemente de éstos” (Foucault 1999: 40).

De ahí que las imágenes de la TV, los periódicos, las noticias procedan por redundancia, en la medida en que nos dicen lo que ‘hay’ que pensar,

retener, esperar, etc. El lenguaje no es ni informativo ni comunicativo, es decir, no es comunicación de información, sino algo muy distinto, transmisión de consignas, bien de un enunciado a otro, bien en el interior de cada enunciado, en la medida que un enunciado realiza un acto y que el acto se realiza en el enunciado. La información, en definitiva, “sólo es la condición mínima para la transmisión de consignas” (Deleuze y Guattari 2000: 84). Como plantea Michel Foucault (1999: 50): “la gran proliferación” y libertad “del discurso”, es reducida, controlada, limitada y dominada. De esa forma, se cumple el ideal de la comunicación que in-comunica y así, lo mediático, en esa fugacidad del tiempo que velozmente se acopla al espacio, se transforma en in-mediático. Para Gilles Deleuze (1996), por su parte, la televisión y, posteriormente, el vídeo, no lograron sustituir la estética del cine, en la medida en que se convirtieron fundamentalmente en tecnologías del control. En resumen, tanto la televisión como el video, a lo que en la larga lista habría que seguir sumando todas las tecnologías de la digitalización, no lograron sustituir a la estética del cine, en la medida en que se convirtieron fundamentalmente en tecnologías del control, en una nueva mutación del poder (Deleuze 1996). La *sustitución del espesor de lo verbal por la plenitud de lo visual* marcaría el triunfo irreflexivo de superficies sin hendiduras ni rasgaduras simbólicas, sólo hechas para consagrar la desilusión de la metáfora, al eliminar todas las marcas de profundidad (el enigma del pliegue, los dobleces de la multivocidad) que asociaban lo *artístico* a sutiles protocolos de desciframiento estético.

Esa digitalización nos vuelve a posicionar frente al binarismo del poder, ya no más complejidades, tonos, texturas de lo analógico, sino la perfección (simulacro) de la copia y del binarismo como

nueva etapa de la dominación binaria (0 y 1). “La lógica binaria y las relaciones biunívocas siguen dominando el psicoanálisis (el árbol del delirio en la interpretación freudiana de Schreber), la lingüística y el estructuralismo, y hasta la informática” (Deleuze y Guattari 2000: 11).

Una nueva etapa de la utopía *cibernética* de intentar llegar a la perfección comunicativa a través de la numeración. De ahí propuestas como las de Pierre Lèvy (1994) de que el ciberespacio se transformará en una “máquina inteligente”, situándose como un proyecto antropológico de larga duración. ¿El simulacro del ciberespacio no da cuenta de esa posible perfección al multiplicar las copias perdiendo entre sus huellas el referente? Nos encontramos frente a “la imposibilidad de restituir” en un gesto semiótico y “hermenéutico el contexto vivo de los objetos representados” (Abril 2003).

Incomunicación, nihilismo y estetización de la política: de la memoria simbólica a la memoria alegórica

El déficit de realidad, el exasperado nihilismo, no indica una degradación de la información en las redes actuales de (in) comunicación, “sino justamente su culminación en tanto que forma cultural” (Abril 2003). Lo señala Norval Baitello (2005: 9), cuando dice que cuanto más se perfeccionan los recursos, las técnicas y las posibilidades que los sujetos tienen de comunicarse con el mundo, con los otros sujetos y consigo mismo, aumentan también, en idéntica proporción, sus incapacidades, sus lagunas, sus boicots, sus trabas, en ese mismo proceso, que amplía un territorio tan antiguo como olvidado, el territorio de la incomunicación humana. Así, como plantean Gilles Deleuze y Félix Guattari, el “cogito de la comunicación” hoy debería ser puesto

bajo sospecha como el “cogito” cartesiano de la reflexión.

De ahí que el incremento de los procesos de (in) comunicación no sea simplemente una característica de época, sino la culminación del proceso de la información-masaje (McLuhan 1987), de la información extasiada en su performatividad y en su grado terminal de estetización. Información también implica darle forma a algo que se encuentra (de) formado, aunque actualmente se potencie la prefijación (in) de las formas simbólicas (que unía lo que se encontraba separado), (im) posibilitando unir los trozos fracturados, partidos, di-vididos (*diabólicos*) del relato memorizador.

Así, considerando como el proyecto europeo-moderno (es decir, occidental) se funda en el mito de la mediación universal, Michel Foucault (1999: 40) señala que una de esas grandes ideas es la de oponer “al saber monopolizado y secreto de la tiranía oriental”, la comunicación universal del conocimiento, el intercambio indefinido y libre de los discursos.

No obstante, las guerras mundiales terminaron con esos mitos y enfrentaron a la humanidad a la pasiva conformidad del tono insensible, desafectivizado y a la administración de la “pobreza de la experiencia” (Benjamin 1991). Las redes mediáticas de (in) comunicación radicalizan esa situación y, por lo tanto, la actualidad tecnológica no tiene piedad ni compasión con los restos fragilizados de la memoria herida. Los antecedentes de ese escenario contemporáneo se encuentran con el surgimiento de la prensa, ya que la cotización de la experiencia comienza a caer en esos momentos. De ahí que para este autor bastaba echar una mirada a un periódico para

corroborar que la humanidad había alcanzado una nueva baja, que tanto la imagen del mundo exterior como la del ético estaban sufriendo de la noche a la mañana, transformaciones que jamás se hubieran considerado posibles. El punto de inflexión para este teórico era la Guerra Mundial y se preguntaba si no se notaba acaso que la gente volvía enmudecida del campo de batalla. “En lugar de retornar más ricos en experiencias comunicables, volvían empobrecidos. Todo aquello que diez años más tarde se vertió en una marea de libros de guerra, nada tenía que ver con experiencias que se transmiten de boca en boca”. Y eso no era sorprendente, pues jamás las experiencias resultantes de la refutación de mentiras fundamentales, significaron un castigo tan severo “como el infligido a la estratégica por la guerra de trincheras, a la económica por la inflación, a la corporal por la batalla material, a la ética por los detentadores del poder”. Una generación que todavía “había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos, se encontró súbitamente a la intemperie, en un paisaje en que nada había quedado incambiado a excepción de las nubes. Entre ellas, rodeado por un campo de fuerza de corrientes devastadoras y explosiones, se encontraba el minúsculo y quebradizo cuerpo humano” (Benjamin 1991). Es así que desde las guerras mundiales a las dictaduras militares de América del Sur, se produce un traslado alegórico de lo simbólico, y se pone en escena, como lo hicieron las postdictaduras, un devenir alegoría del símbolo. De esa forma, habría que plantear una nueva distinción, en el contexto de las políticas de las memorias, esta vez entre el símbolo y la alegoría, categorías desde las que se funda la estética moderna. En palabras de Idelber Avelar: “En tanto imagen arrancada del pasado, mónada que retiene en sí la sobrevida del mundo que evoca, la alegoría remite antiguos símbolos a totalidades ahora quebradas, datadas, los

reinscribe en la transitoriedad del tiempo histórico. Los lee como cadáveres” (22).

Otro pliegue de la incomunicación: del espectáculo al simulacro

Las *redes mediáticas*, más que de mediación, que obviamente hace referencia a la noción de representación, implican una “in- mediación”, una “estética” (y no arte –concepto que también se encuentra en debate) del “motor”, de la urgencia, de la imposibilidad de mantener una distancia entre el sujeto y el medio, un “intercambio” entre sujetos y medios (Poster 1990; Baudrillard 1987 y 2000).

En definitiva, ya no más representación sino “pantalla y red”. En ese contexto, las redes mediáticas potencian y extienden el “espectáculo”, si a éste lo entendemos con Guy Debord (1988), como la radicalización de lo mediático. El espectáculo no es un contenido determinado ni un conjunto de imágenes sino una relación entre las personas mediatizadas por las imágenes. Es el capital, en un grado tal de acumulación, que se ha convertido en imagen. Es el núcleo del mundo real, una decoración sobreañadida. Bajo todas sus formas particulares, información o propaganda, publicidad o consumo directo de diversiones, el espectáculo se constituye en el modelo actual de vida socialmente dominante. Volvemos a la idea de alegoría y a la conexión que establece Terry Eagleton (1998), entre los emblemas alegóricos barrocos y la mercancía moderna, entendida, tal como lo plantea ese autor, “como el emblema barroco llevado al extremo”. Y, por tanto, el lugar propio de las imágenes que devendrían ellas mismas en mercancías y mediadoras del ciclo de las mercancías. Además, de que el tiempo “sólo se deje leer en la cruda materialidad de los

objetos, no en la triunfante epopeya del sujeto” (Avelar 2000: 15).

Otro pliegue es el pasaje de la “sociedad del espectáculo” a la (in) comunicación e (in) formación del simulacro mediático. De “la sociedad del espectáculo” a la política de la simulación, la economía de la simulación... Para Abril (2003), la nueva organización multinacional precisa de un discurso, pero fuera de tiempo, es decir, sin referencia a la memoria y a la racionalidad histórica. Allí la alegoría ofrece a la mirada del observador la *facies hippocratica* de la historia en tanto paisaje primordial petrificado. Volvemos a plantear la idea de un pasado que se oculta detrás de la pantalla del presente. Los imperativos de una sociedad fundada en la visibilidad y sus estrategias son cada vez más invasivas. Hay una innegable proliferación inflacionaria de las imágenes, transformando a la cultura y a la civilización en *artefactualidades* y *actuvirtualidades*, es decir, en imágenes que mueren por exceso, en la transformación del relato de los hechos sociales en artefactos que transforman a la historia en actualidades sin espesor temporal ni espacial.

Es así que se hace necesaria la crítica política y cultural y la reformulación de las nociones de comunicación e información desde la concepción nómada de la *transversalidad* cultural, como adjetivo y no como sustantivo.

Comunicación: desterritorialización y huídas

Para Jacques Derrida (1989: 356) la *comunicación* no puede ser reducida, empobrecida a un lenguaje ni a una semiótica, ya que ellas no pueden dar cuenta de su riqueza y de su diseminación. Es así que

iniciaba una *comunicación* sobre el tema de la *comunicación*, repetición que destacamos, diciendo que la palabra *comunicación*, que nada nos autoriza a despreciar como palabra inicialmente y a empobrecer en tanto que palabra *diseminada*, “abre un campo semántico que precisamente no se limita a la semántica, a la semiótica, todavía menos a la lingüística”⁵. Pertenecer también al campo semántico de la comunicación la designación de movimientos no semánticos. Los movimientos, sacudidas, choques, desplazamientos de fuerza pueden ser comunicados, transmitidos, propagados, aunque no sean fenómenos de sentido o de significación. Esta situación se observa con mayor frecuencia en momentos en que la subjetividad se habita de prótesis... Tampoco puede reducirse la comunicación a los límites de un contexto, considerando las limitaciones del concepto ordinario de contexto (lingüístico o no lingüístico) tal como es recibido en numerosos dominios de investigación, con todo un conjunto de conceptos a los que está sistemáticamente asociado. Así, toda comunicación debe “poder funcionar en la ausencia radical de todo destinatario empíricamente determinado en general”, y, esta ausencia “no es una modificación continua de la presencia, es una ruptura de presencia, la ‘muerte’ o la posibilidad de la ‘muerte’ del destinatario inscrita en la estructura de la marca” (Derrida, 357).

En definitiva, la ausencia del referente es una posibilidad admitida con bastante facilidad hoy

día, pero ¿y el sentido? La producción de sentido –desde la semiótica de los ’60- fue considerada como una salida a la polaridad planteada por la semiótica de la significación (significante/significado) y la semiótica del código, esta última todavía demasiado ligada a la relación mecánica y estática entre emisores y receptores. En el caso del sentido, Gonzalo Abril considera que esa noción le permite a la Teoría General de la Información, superar la noción objetivista y cosificadora de la información (a la que nos referíamos en el párrafo anterior): “El sentido no es un dato, sino una *construcción*, más precisamente una *construcción comunicativa o dialógica*; no se trata, pues, de un *objeto*, sino del proceso mismo en que la relación intersubjetiva se objetiva y se expresa” (1997: 36). En resumen, es preciso complicar la noción (más en un texto sobre la *incomunicación* de la *comunicación* que en el contexto de las políticas de la memoria) porque: 1) “el valor de sentido propio parece más problemático que nunca”, y, por tanto, no se puede resolver en una frase, y 2) “porque el valor de desplazamiento, de transporte, etc., es precisamente constitutivo del concepto de metáfora por el cual pretenderíamos comprender el desplazamiento semántico que se opera de la comunicación como fenómeno no semio-lingüístico “a la comunicación como fenómeno semio-lingüístico” (Derrida, 350), reduciéndola nuevamente a la lingüística, la semántica o la semiótica. Se trata más que de un problema de mediación, de representación o de sentido como se piensa y se ha pensado históricamente, de diseminación, de *marca*, de performatividad y de comunicación.

Por lo tanto, el campo de equivocidad de la palabra *comunicación*, parece evidente, se encuentra en reducir los límites de lo que se llama un contexto, considerándolo como algo *limitado*

⁵ El teórico argelino francés plantea: “para que un escrito sea un escrito es necesario que siga funcionando y siendo legible incluso si lo que se llama el autor del escrito no responde ya de lo que ha escrito, de lo que parece haber firmado, ya está ausente provisionalmente ya esté muerto, o en general no haya sostenido con su intención” (1998: 357). En este párrafo se escuchan los ecos del planteamiento sobre la muerte del autor, tanto de Michel Foucault como de Roland Barthes (ver la relación entre comunicación-ciencias humanas y muerte del autor en Silva y Browne 2007).

y *limitable*, (como insuficientemente ha sido estimado por una tradición occidental teórica y de investigación). Más aún, en las pantallas televisivas, el contexto se encuentra limitado, tanto física (los límites de la pantalla) como inmaterialmente, por sus límites de visibilidad o por la visibilidad de sus límites. *Todo es visible, por tanto, nada lo es.*

El contexto, en lugar de ser considerado, desde una perspectiva abierta, como la imposibilidad de cerrarse en torno a límites lingüísticos, imagónicos, se plantea —desde las redes postmediáticas que relevan la tradición del pensamiento occidental— como un mecanismo de clausura de la interpretación, es decir, como una representación. De ahí que el carácter representativo de la comunicación escrita (en un sentido amplio, es decir, la escritura como cuadro, reproducción, imitación de su contenido) será el rasgo invariante de todos los progresos subsiguientes. Aunque la representación se complicará, se darán descansos y grados suplementarios, se transformará en representación de representación en diversas escrituras como las jeroglíficas, ideográficas, fonético- alfabética, pero la estructura representativa que señala el primer grado de la comunicación expresiva, la relación idea/ signo, nunca será relevada ni transformada. En definitiva, la comunicación se concibe desde la pacífica continuidad histórica evolutiva, reducida a lo económico, homogéneo y mecánico (ocupar el menor espacio posible con la mayor cantidad de signos)⁶. Esta perspectiva tendrá una continuidad ideológica⁷ en la semiología de tradición francesa (heredera de Saussure), que elaborará una teoría del signo como representación de la idea que en sí misma representa la cosa percibida. La comunicación, desde ese momento, se convierte en el vehículo, en el mecanismo de transmisión,

de una representación como contenido ideal, es decir, del *sentido*, en términos metafísicos.

Así las cosas, se dejan de lado los *parásitos*, las *citas*, la *iterabilidad* (*iter*, viene de *itara*, que significa “otro” en sánscrito, y, por tanto, liga la repetición y la cita a la alteridad). Una comunicación debe ser citada, puesta entre comillas, repetirse desde la otredad. Por lo tanto, la propuesta que formulamos es romper con todo contexto que se presente como protocolo de código, con toda comunicación como proceso que va desde un emisor a un receptor y transmite un sentido, desviar a la comunicación “como estructura reiterativa, separada de toda responsabilidad absoluta, de la conciencia como autoridad de última instancia, huérfana y separada desde su nacimiento de la asistencia de su padre” (Derrida, 357), una comunicación (des) autorizada. Ese tipo de comunicación, como escritura, es la que Platón condenaba en el *Fedro* y que puede interpretarse como el movimiento del pensamiento por excelencia y, por lo tanto, en él se mide lo que está en juego. Una comunicación indisciplinada, de huidas, desterritorializada y descodificada. Como señalan Deleuze y Guattari (1980), al campo social hay que constantemente animarlo “por todo tipo de movimientos de descodificación y de desterritorialización que afectan a las ‘masas’, según velocidades y ritmos

⁶ En palabras de Condillac: “He aquí la historia general de la escritura conducida por una gradación simple, desde el estado de la pintura hasta el de la letra, pues las letras son los últimos pasos que quedan tras las marcas chinas, que, por una parte, participan de la naturaleza de los jeroglíficos egipcios, y, por la otra, participan de las letras precisamente de la misma manera que los jeroglíficos egipcios participan de las pinturas mejicanas y de los caracteres chinos. Estos caracteres son tan cercanos a nuestra escritura que un alfabeto disminuye simplemente la molestia de su número, es su compendio sucinto” (en Derrida, 1989: 353- 354).

⁷ Ideología, no en el sentido marxista de falsa conciencia, sino porque se produce sobre el fondo de una vasta, poderosa y sistemática tradición filosófica “dominada por la evidencia de la idea” (de *eidos*, idea).

distintos". Las masas y los campos sociales no son contradictorios, sino que "son fugas", son nociones moleculares, no cesan de fluir, de escapar, en definitiva, de liberarse.

A modo de conclusiones

En definitiva, planteamos como conclusiones romper con el horizonte de la comunicación como comunicación de las conciencias o de la presencia o como transporte lingüístico o semántico del "querer- decir" (ya no un sujeto que se ampare en la fórmula sujeto-autor-identidad, sino un sujeto des-autorizado); sustraer toda comunicación del horizonte semántico o hermenéutico y hacerlo estallar y, por tanto, diseminar; abrir el concepto de contexto, "real" (*objeto*) o "lingüístico" y, hacer imposibles, de esa forma, la determinación teórica o su saturación empírica. Y, por ese camino, plantearse una comunicación como iterabilidad (como repetición de la otredad y revalorización del *otro*), como un performativo, que no se reduce al discurso ni se ampara en la representación, sino en la acción y en la potencia de los cuerpos que ocupan los

espacios y los transforman en emplazamientos antirrepresentativos, en la desterritorialización nómada de la representación sedentaria. Como injertos que contaminan y nunca se estabilizan sino que siempre transforman sus formas. Sólo así la comunicación –contaminada por la incomunicación– no será más el espacio ocupado por una información que suplanta y sustituye la memoria y sus huellas, por un perentorio y total presente, sino la acción subversiva y trasgresora de los *nómadas* que desestabilizan los centros de poder. Es decir, producir políticas de las memorias (o los llamados devenires de la memoria) que asuman –desde su densidad crítica– los intrincados caminos que las memorias tienen, los conflictos que esas políticas generan, los diferentes niveles que esos relatos asumen... En definitiva, esas políticas deben de tener "gestos" con la historia, como la acción emprendida por el nieto de Carlos Prats con el cuerpo inerte de Pinochet, tener indicios con la memoria cada día más anestesiada por los *mass media*, desafiar ese presente perentorio que todo lo vuelve actualidad.

Bibliografía

Abril, Gonzalo. 1997. *Teoría General de la Información*. Madrid: Cátedra.

_____. 2003. *Cortar y pegar. La fragmentación visual en los orígenes del texto informativo*. Madrid: Cátedra.

Agamben, Giorgio. 1996. *La comunidad que viene*. Valencia: Pre-textos.

Avelar, Idelber. 2000. *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago: Cuarto Propio.

Baitello Junior, Norval. 2005. "Apresentação. Os meios da incomunicação. A outra face, demasiadamente humana, dos vínculos". *Os meios da incomunicação*. São Paulo: CISC y Annablume.

_____. 2006a. *La era de la iconofagia. Ensayos de comunicación y cultura*. Sevilla: Arcibel.

_____. 2006b. "Las cuatro devoraciones". *F@ro 3*: 41-52.

Baudrillard, Jean. 1987. *El otro por sí mismo*. Barcelona: Anagrama.

_____. 2000. *El intercambio imposible*. Madrid: Cátedra.

Benjamin, Walter. 1991. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid: Taurus.

Browne, Rodrigo. 2006. "Navegaciones indisciplinadas: des(autor)izaciones comunicacionales en los espacios resistencia-mujer". Eds. Arriaga Flórez, Mercedes et al. *Mujeres, espacio & poder*. Sevilla: Arcibel.

Buck-Morss, Susan. 2003. "Sobre el ensayo de Benjamin". Santiago: Diplomado en estética y pensamiento contemporáneo, Facultad de Humanidades, Universidad Diego Portales. Encontrado en <http://dti.udp.cl/humanidades/pensamiento/docs/03/exposicion.pdf> el 14/8/2006.

[udp.cl/humanidades/pensamiento/docs/03/exposicion.pdf](http://dti.udp.cl/humanidades/pensamiento/docs/03/exposicion.pdf) el 14/8/2006.

Debord, Guy. 1988. *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Barcelona: Anagrama.

Debray, Régis. 2001. *Introducción a la mediología*. Barcelona: Paidós.

Deleuze, Gilles. 1996. *Conversaciones*. Valencia: Pre-textos.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. 2000. *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.

Derrida, Jacques. 1989. "Firma, acontecimiento y contexto". *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.

Eagleton, Terry. 1998. *Walter Benjamin o hacia una crítica revolucionaria*. Madrid: Cátedra.

Forcinito, Ana. 2004. *Memorias y nomadías: géneros y cuerpos en los márgenes del posfeminismo*. Santiago: Cuarto Propio.

Foucault, Michel. 1996. *Arqueología del saber*. México: siglo XXI.

_____. 1999. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.

_____. 2002. *La hermenéutica del sujeto: curso en el Collège de France (1981-1982)*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lewkowicz, Ignacio. 2006. *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós.

Lévy, Pierre. 1994. *A inteligência colectiva, por uma antropologia do ciberespaço*. São Paulo: Loyola.

MacLuhan, Marshall. 1987. *El medio es el mensaje. Un inventario de efectos*. Barcelona: Paidós.

Martín Barbero, Jesús. 1987. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Ciudad de México: Gustavo Gili.

_____. 2003. "Tendencias de los estudios de comunicación en América Latina". *Comunicación y Universidad*. Montevideo: Universidad de la República.

Poster, Mark. 1990. *The Mode of Information. Poststructuralism and Social Context*. Chicago: The University of Chicago Press.

Richard, Nelly. 1998. *Residuos y metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la*

transición). Santiago: Cuarto Propio.

Silva, Víctor y Browne, Rodrigo. 2006. *Antropofagias. Las indisciplinas de la comunicación*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Sodré, Muniz. 1998. *Reinventando la cultura*. Buenos Aires: Gedisa.

Vattimo, Gianni. 1989. *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós.

Virilio, Paul. 1989. *Las máquinas de visión*. Madrid: Cátedra.

Yepes, Heriberto. 2006. "Adiós al postmodernismo". *Henciclopedia*. Encontrado en <http://www.henciclopedia.org.uy> el 4/9/2006.